

“Esos seis meses funestos”. La gestión económica de Martínez de Hoz durante la transición presidencial dictatorial entre Videla y Viola

Julian Zicari*

Resumen:

El trabajo se propone abordar el período de la transición presidencial entre Jorge Videla y Roberto Viola durante la última dictadura militar, un contexto que hasta ahora ha sido poco y nada estudiado. Allí hubo dos crisis económicas (la bancaria y la cambiaria), disputas dentro del gobierno, el emerger de la sociedad civil y de los partidos políticos, como también señales que indican fuertes reformulaciones de los objetivos iniciales del golpe. El abordaje se hará en base a los testimonios y escritos de Martínez de Hoz y de su equipo económico.

Palabras claves: dictadura, Martínez de Hoz, - Memorias – Transición presidencial

“Those fateful six months”. Martínez de Hoz’s economic management during the transition from dictatorship to democracy between Videla and Viola

Abstract

This paper aims to examine the presidential transition period between Jorge Videla and Roberto Viola during the last military dictatorship, a context that has received little to no research to date. This period was marked by two economic crises (the banking and currency crises), internal government disputes, the emergence of civil society and political parties, as well as signs indicating significant reformulations of the coup’s initial objectives. The analysis will be based on the testimonies and writings of Martínez de Hoz and his economic team.

Keywords: Dictatorship, Martínez de Hoz, Memories, Presidential Transition

* Universidad de Buenos Aires-Universidad Nacional de Avellaneda. Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas.
Contacto: sanlofas@hotmail.com

Esta obra se publica bajo licencia Creative Commons 4.0 Internacional.
(Atribución-No Comercial-Compartir Igual)
<https://doi.org/10.59339/m037zy60>
Fecha de recepción: 19 de diciembre de 2025
Fecha de aprobación: 22 de mayo de 2025



Introducción: una transición poco trabajada

Si se revisan las memorias y entrevistas brindadas por José Alfredo Martínez de Hoz, quien fuera el ministro de Economía durante la presidencia del dictador Jorge Videla (1976-1981) en Argentina, se nota en ellas varias menciones de lo difícil que fue llevar adelante la parte final de su gestión, especialmente los últimos seis meses de ella, entre octubre de 1980 y marzo de 1981. En dicho plazo fue cuándo se nombró por parte de la Junta Militar a quién sería el sucesor presidencial de Videla, Roberto Viola. Así Martínez de Hoz expresó en una entrevista televisiva en 1988, a los periodistas Bernardo Neustadt y Mariano Grondona, en el programa *Tiempo Nuevo*, describiendo a ese período como “esos seis meses funestos de transición”¹; luego se referirá a lo mismo en un libro de memorias publicado dos años después, como “la forma traumática en que se realizó el cambio de autoridades de marzo de 1981” (1991, p. 228); en otro reportaje, ya de 2005, dirá “ese final, que fue desastroso, que fue por la desconfianza política que se producía con un recambio, cuando el general Viola es designado presidente” (AHO). También otros miembros del equipo económico opinaron igual. Por ejemplo, Juan Alemann, quien era el secretario de Hacienda de aquella gestión y mano derecha de Martínez de Hoz, dijo: “el final nuestro, los últimos seis meses, fueron traumáticos” (Vercesi, 2008, p. 380). Existen otros testimonios, que luego veremos, que también apuntan en la misma dirección, señalando lo conflictiva y turbulenta que fue esa coyuntura.

Sin embargo, a pesar de la importancia de este período de transición, fue poco y nada estudiado hasta ahora. Así, los trabajos de historia política que se han centrado en la transición y la interna militar lo hicieron hasta la designación oficial de Viola (producida el 3 de octubre de 1980) y han proseguido sus análisis desde la asunción presidencial de este (ocurrida el 29 de marzo de 1981), haciendo un violento salto temporal y dejando de lado los conflictivos seis meses ocurridos en el medio (Canelo, 2008; 2016; García Holgado y Taccone, 2016). En los pocos casos que se le dio un lugar a ese período, este fue realmente mínimo o casi inexistente (Seoane y Muleiro, 2001; Novaro y Vicente, 2003; Quiroga, 2004; Borrelli, 2016), mientras que algunos trabajos ni siquiera consideraron el tema y el vacío es total (Vázquez, 1985; Yofre, 2010; Franco, 2018; Bonvecchi y Simison, 2026). Con vistas a los estudios de historia económica encontramos lo mismo: hablan de una genérica crisis económica al final de la gestión de Martínez de Hoz o, a lo sumo, se remiten a mencionar la devaluación de febrero de 1981, sin dar mayores precisiones o indicar datos o problemas (Gerchunoff y Llach, 1998; Rapoport, 2000; Zack y Pryluka, 2022; Balum y Roman, 2022). No obstante, a pesar de los olvidos, el período elegido resulta significativo porque permite observar tres grandes elementos que se conjugaron en aquel contexto y que resultan fundamentales a la hora de abordar lo sucedido durante la última dictadura militar. Primero, lo que implicó la crisis económica final de la gestión de Martínez de Hoz y su modelo liberal. Aquí, en verdad, se esconden tres importantes elementos como son: 1) la crisis bancaria que comenzó

1 Neustadt, B. y Grondona, M. (conductores). (1988). *Tiempo Nuevo* [programa de tv]. Telefé.

en marzo de 1980 y que se prorrogó hasta agosto de ese año, en la que quebraron o fueron intervenidos más de setenta bancos y miles de ahorristas perdieron sus depósitos; 2) la crisis cambiaria que se produjo a continuación, producto de la etapa final de la llamada “tablita cambiaria” (acompañada de reiterados ataques especulativos y corridas); 3) las protestas populares de sindicatos y empresarios que se alzaron contra el final de la gestión de Martínez de Hoz junto a la reactivación de los partidos políticos. En segundo lugar, además de los elementos del caos económico, debemos destacar las crisis y conflictos que se establecieron dentro de la propia corporación militar con vistas al recambio presidencial, un elemento que hasta ahora no se ha abordado, en el cual las disputas entre las autoridades entrantes y salientes escalaron a muy altos niveles. Por último, en tercer lugar, sobre la base de la crisis económica y la crisis política, es posible la emergencia de otro punto de análisis más, todavía más profundo y menos estudiado, relacionado a la pregunta por los objetivos refundacionales propuestos por la dictadura. En este sentido, si las metas centrales originales de la dictadura, tal cual lo denomina el nombre con el cual se bautizó a sí mismo dicho gobierno, fue llevar adelante un Proceso de Reorganización Nacional, durante los años de la presidencia de Videla se buscó avanzar en dicha dirección. Es decir, establecer un cambio muy radical en la sociedad argentina a través de un proyecto refundacional. Esto se buscó aplicar a través de dos estrategias centrales: por un lado, con un cruel y extremo programa de represión ilegal (con un genocidio, campos de concentración, desaparecidos, torturas, muertos y demás) y, por el otro, con una reforma económica radical, a cargo de Martínez de Hoz, que modificara profundamente el funcionamiento económico y social, para generar así, ambas estrategias, cambios políticos y en las relaciones de poder, llevando adelante la pretendida reorganización nacional. Sin embargo, como se buscará mostrar, la presidencia de Viola intentaría revertir muchos de los cambios más importantes aplicados por su predecesor, estableciendo medidas y alianzas muy diferentes a las anteriores. Por lo cual, al analizar esto, se podría problematizar la persistencia de los objetivos refundacionales iniciales, y que tan importantes fueron en 1976, pero que en 1981 parecieran haber desaparecido del horizonte.

En este sentido, en los regímenes militares podemos ubicar dos tipos de transiciones. Uno que es el tipo de estudio más común y extendido, ligado a las transiciones desde los regímenes dictatoriales a las democracias. Es decir, lo que podemos llamar “transiciones terminales” de gobiernos militares a gobiernos constitucionales, en el que se liquidan las dictaduras.² Pero otro caso, menos considerado, es el referido a las transiciones dentro de las dictaduras, que podemos llamar “transiciones de relevo”, en el que un dictador sucede a otro. Dentro de estas últimas, a su vez, existen dos sub-tipos: las que son pactadas y las que no. En los casos del cono sur, según la literatura especializada, en la mayoría de los casos, cuando un dictador sucedió a otro, sobre todo cuando ocurrió de manera “no pactada”, fueron transiciones generadas por situaciones caos político, crisis, imprevistos

2 La literatura sobre la transición de dictaduras a la democracia es enorme, se pueden considerar al respecto O'Donnell, Schmitter y Whitehead (1988), Zaverucha (1993), Ansaldi (2006), Brückner (2012).

o conflictos internos. Incluso también en los casos de “transiciones de relevo pactadas”, en el que existieran reglas claras de sucesión en el largo plazo, no pudieron evitar ciertos problemas, la falta de criterios uniformes o de modificaciones de las metas, programas y objetivos iniciales que se propusieron las diversas dictaduras al comenzar pero que luego mutaron palpablemente. Por ejemplo, en el caso de la dictadura brasilera (1964-1985) quizás la que intentó ser la más organizada al respecto (con fuertes reglas institucionales de funcionamiento), no estuvo exenta de conflictos y problemas. La duración presidencial dictatorial fue irregular y cambiante: dos presidentes gobernaron tres años (Humberto Castelo Branco y Artur da Costa e Silva), otros dos presidentes en cambio lo hicieron cinco (Emílio Garrastazu Médici y Ernesto Geisel), uno gobernó seis años (João Figueiredo), mientras que hubo un período de acefalía en la que no hubo presidente militar sino que directamente gobernó una Junta para llenar un vacío de poder y evitar que gobernara el civil que era la persona que se había previsto que lo haga (1969). A su vez, en varias oportunidades se cerró el Congreso, se prohibió o habilitó partidos políticos, mientras que los objetivos, metas y reglas se modificaron repetidamente sin previsibilidad y los programas mutaron mucho (con períodos de alta represión, otros de distensión, en algunos se priorizó el desarrollo industrial, mientras que en otros se descuidó totalmente la producción fabril generando una fuerte desindustrialización con un giro neoliberal de endeudamiento, apertura económica y aliento a la especulación financiera).³ Para el caso de la dictadura uruguaya (1973-1985) es otro caso complejo de poca claridad en las reglas: comenzó como un híbrido institucional, en el cual se disolvieron las cámaras del Congreso, pero el presidente electo constitucionalmente prosiguió en su cargo con el apoyo y la supuesta subordinación de las Fuerzas Armadas. Así en 1975 se quiso comenzar a institucionalizar el gobierno existente, sin que esto fuera fácil, generando un conflicto creciente entre el presidente civil y los militares que en 1976 llegó al extremo de convivir tres presidentes al mismo tiempo. Luego de que el general Aparicio Méndez se quedara con el puesto, se fijó una duración de cinco años para cada presidencia, pero al perder la dictadura el referéndum de 1980, ya desde 1981 el próximo presidente militar gobernaría cuatro años (no los cinco previstos), con cierta debilidad y encargado de llevar adelante la transición a la democracia y de liquidar el régimen.⁴ La dictadura boliviana (1964-1982) fue la más caótica de todas con respecto a los relevos presidenciales. El general Barrientos, que comenzó como hombre fuerte del régimen, murió en un accidente poco claro en 1969. Luego hubo tres presidentes que fueron derrocados en tres golpes palaciegos en apenas dos años (1969-1971). En 1971 si bien la presidencia del general Hugo Banzer permitió salir inicialmente del caos político, ello se revirtió con la organización de las elecciones de 1978 y las acusaciones de fraude en ellas ocurrido, con irrupciones populares masivas y un nuevo carrusel de golpes palaciegos en los cuales habría ocho presidentes en ape-

3 Sobre el caso de Brasil se puede consultar Fontes (2006); Kooning (2010); Castro Gomes y Ferreira (2018); Torres Montenegro (2018).

4 Sobre el caso de la dictadura uruguaya se puede consultar Gillespie y González (1989); Panizza, (1997); Rilla (2006); Milligan (2013).

nas cuatro años (1978-1982). Por su parte, al igual que la dictadura brasilera, lo que inicialmente había comenzado como un golpe de ambiciones desarrollistas, en la cual hubo una reforma agraria que le dio tierras a los campesinos, fue vi- rando del nacionalismo industrialista a la apertura económica irrestricta, el ajuste, la extranjerización económica y la especulación financiera, con espas- módicos movimientos de mayor represión, distensión, diálogo y violencia según cada momento, pero sin un orden claro⁵.

Estos tres casos relevados indican tres modelos posibles en las dictaduras⁶. Por un lado, lo sucedido en Brasil, que fue el caso mejor logrado de institucio- nalidad, pues existieron reglas y pautas internas para los relevos presiden- ciales que fueron respetadas, las cuales lograron evitar los golpes internos y dar cierta previsibilidad. En todos los casos (excepto lo sucedido en 1969) fueron transiciones de relevo pactadas, aunque con límites, pues no pudieron evitar del todo la incertidumbre, los conflictos internos, algunas situaciones de caos y notorias modificaciones de los objetivos y programas iniciales. En el otro extremo notamos el caso boliviano, repleto de conflictos, sin reglas duraderas ni pautas sucesorias, en el cual hubo volantazos programáticos, presidencias efímeras que llegaron a durar apenas meses, semanas o incluso días, con un acentuado desquicio institucional y golpes palaciegos en cascada. Fueron to- das transiciones de relevo no pactadas, junto con una transición terminal. El caso de Uruguay resulta un intermedio. Pues comenzó como un híbrido constitucional pero que en los dos intentos serios de institucionalización que tuvo (en 1976 con Bordaberry y en 1980 con el referéndum), generó caos e in- certidumbre interna. Así en 1976 el desquicio llegó al máximo de existir una extraña convivencia de tres presidentes en simultaneo, pero luego, una vez que se establecieron pautas y un relevo dictatorial ordenado, como el de 1981, fue para organizar la liquidación del régimen militar. Por lo que este país tuvo tres tipos de transiciones: una de “relevo no pactada”, una pactada y una tran- sición terminal.

Bajo este panorama, el caso de la transición política que va de Videla a Viola resulta muy importante de considerar por varios elementos. En principio, porque la última dictadura militar argentina fue la que mayor empeño puso de todos los gobiernos dictatoriales ocurridos en el país en institucionalizar sus esquemas de funcionamiento, con varias reglas importantes que permitieran garantizar la continuidad de sus metas y evitar los conflictos internos y que no se concentra- ran atributos en un “superdictador” ni que haya los golpes palaciegos⁷.

En función de esto, cabe decir que en el historial del país, en los gobiernos militares, existieron ocho relevos de un dictador por otro (con dos relevos en la dictadura de 1943-1946, uno en la de 1955-1958, dos en la de 1966-1973 y tres en la de 1976-1983). Así, en siete de estos ocho casos fueron “relevos no pactados” y el motivo siempre fue el mismo: el conflicto político interno, en el cual no hubo una sucesión pautada ni previsible. En cambio, en el caso que aquí se propone abordar, fue muy diferente a los anteriores, siendo la única tran-

5 Para la dictadura boliviana se puede ver Dunkerley (2017), Heredia (2015) y Zicari y Fornillo (2019).

6 No se consideran los otros dos países del cono sur como Chile y Paraguay ya que sus dictaduras no tuvieron relevos presidenciales.

7 Sobre las reglas de funcionamiento de la dictadura ver Novaro y Palermo (2003), Quiroga (2004), García Holgado y Taccone (2016) y Bonvecchi y Simison (2026).

sición de relevo pactada. Sin embargo, como buscaremos señalar, que haya existido cierta institucionalización, con reglas y la búsqueda de acuerdos para que ocurra ese relevo intradictatorial, no se logró evitar que ocurrieran importantes problemas e incluso que se agravara otros. Por un lado, porque se supuso que ese relevo ocurriría en un mar de tranquilidad económica y política, cuando justamente ocurrió todo lo contrario: las crisis económicas se sucedían una tras otras, a la par que los actores políticos, económicos, sindicales y empresariales recuperan iniciativa creciente en ese contexto. A su vez, porque la interna militar no corrió por carriles armoniosos y pacíficos, sino que las tensiones no pararon de aumentar, llegando incluso a existir rupturas políticas considerables, como la que había sido hasta entonces la alianza estratégica entre Videla y Viola. A esto debemos sumar que la propia lógica de la transición comenzó a generar una dinámica potencialmente explosiva, en un círculo vicioso difícil de romper: el conflicto político sucesorio dañaba el terreno económico, a la vez que derrumbe económico incentivaba a que crezca el conflicto político, generando así un mayor nivel de caos e imprevisibilidad, que era justamente lo que se había querido evitar inicialmente. Por último, porque el relevo dictatorial se concentró únicamente en las pautas formales, pero no en los aspectos sustantivos del proyecto militar, pues los objetivos, programa y elencos de poder iniciales parecieron quedar olvidados, implicando claros contrastes, donde incluso la presidencia de Viola buscara revertir mucho de ya hecho hasta entonces. En resumen, resultó una transición sumamente compleja y conflictiva que poco y nada se ha considerado hasta ahora y que vale la pena analizar con cuidado.

Para poder llevar adelante estos planteos se utilizará como metodología principal el recorrer los distintos relatos y testimonios dados por Martínez de Hoz al narrar su gestión en diversas entrevistas, escritos y libros de memorias, como también sumar la voz de parte de su equipo de colaboradores, de los ex presientes militares y otros funcionarios. A su vez, se utilizarán los testimonios ofrecidos por los Archivos de Historia Oral (en adelante AHO) del Instituto Gino Germani de la Universidad de Buenos Aires. Sin duda este tipo de abordaje, propio de la historia oral, tiene un aspecto positivo y otro negativo. Por el lado positivo, nos permitirá un acceso de primera mano, en la voz del protagonista, sobre cuestiones centrales del funcionamiento de la última dictadura militar. Por el lado negativo, sin embargo, aparecen los límites que la propia metodología implica: existen temas importantes que no podremos abordar si no son mencionados por quienes hablan como, además, que los relatos retrospectivos suelen ser vulnerables a diversos tipos de problemas, tales como realizar un interesado uso político del pasado, en donde no solo se quiere “relatar” una experiencia sino también justificarla y darle una organicidad que tal vez no haya tenido en su momento, sobreestimando la propia figura o generando diversos tipos de distorsiones. No obstante, para tratar de minimizar el impacto de estos problemas, se intentará que la narración no sea utilizada solo de forma pasiva, sino poder contex-

tualizarla y revisarla de una manera crítica y activa, contrastando los diversos puntos tocados con la bibliografía de referencia y los hechos históricos.⁸

De esta manera, para llevar adelante los objetivos propuestos, el texto se dividirá de la siguiente forma. El primer apartado señalará algunas cuestiones referidas a los objetivos refundacionales de la dictadura, sus dos estrategias de acción principales y al progresivo agotamiento del programa económico de Martínez de Hoz. Un segundo apartado estará dedicado a la segunda mitad del año 1980, poniendo especial énfasis a la designación de Viola como sucesor de Videla y la crisis económica producto del final de la tablita cambiaria. El tercer apartado trabajará sobre los tres primeros meses de 1981 y cómo operó la traumática transición presidencial en el que el caos económico y político se fueron retroalimentando entre sí. Finalmente, el trabajo cerrará con algunas conclusiones al respecto.

Los objetivos refundacionales de la dictadura y sus dos estrategias: del cambio estructural al resquebrajamiento del programa económico (1976-1980)

La dictadura militar iniciada en marzo de 1976 se había fijado como objetivo primordial modificar radicalmente la sociedad argentina. Como dijimos, no de casualidad los militares denominaron a su gobierno como Proceso de Reorganización Nacional. Según lo explicó el primer presidente de aquel gobierno, Jorge Rafael Videla, en las entrevistas que tuvo con el periodista Ceferino Reato, el disciplinamiento social y el cambio estructural eran los ejes del plan fundamental:

Nuestro objetivo era disciplinar a una sociedad anarquizada: volverla a sus principios, a sus cauces naturales. Con respecto al peronismo, salir de una visión populista, demagógica, que impregnaba a vastos sectores; con relación a la economía, ir a una economía de mercado, liberal. Un nuevo modelo, un cambio bastante radical; a la sociedad había que disciplinarla (...) Queríamos también disciplinar al sindicalismo y al capitalismo prebendario (Reato, 2012, p. 159).

La transformación ambicionada, como lo repite el propio Videla varias veces, tenía como objetivo central llevar adelante un disciplinamiento social extremo. Así, la nueva asonada militar producida en marzo de 1976 ofrecía una oportunidad, tal vez única, de redefinir a la sociedad “de arriba hacia abajo”, utilizando despiadadamente el terrorismo de Estado para alcanzar el tan mentado disciplinamiento social. No obstante, para que esos cambios fueran efectivamente

8 En general la recuperación de la voz de los protagonistas del gobierno dictatorial ha sido realizada, esencialmente, con vistas a las prácticas represivas. Ver al respecto Feld y Salvi (2019). Por su parte, las investigaciones de análisis político que han utilizado la palabra de dichos actores han sido muy pocas, como Novaro y Palermo (2006) y Canelo (2008). En el caso del análisis económico, nunca suelen ser utilizadas como herramienta central de análisis, sino en el mejor de los casos como herramientas periféricas o anecdóticas. Para un resumen de los debates y posiciones con respecto al marco teórico-metodológico de la historia oral puede consultarse Carnovale (2007), Leigh (2008), González Leegstra (2012) y Salvi (2016).

perdurables se calculó que era necesario algo más: cambiar la fisionomía económica del país, por lo que la gestión de quien fuera ministro de Economía debería ser la clave en el objetivo central de la dictadura y el complemento indispensable del accionar represivo. Así, el plan represivo y la reforma económica estructural se volvían las dos principales estrategias para llevar adelante la tan mentada reorganización nacional.

En este sentido, quien fue designado ministro de Economía del presidente Videla fue José Alfredo Martínez de Hoz, el cual también señalaría el tipo de cambio estructural que buscaría aplicar la dictadura desde el punto de vista económico:

[El programa económico] estaba destinado no sólo a hacer frente a la crisis existente en ese momento, sino a revertir toda una tendencia que, salvo períodos de excepción, había predominado en el manejo de la economía argentina desde la posguerra [con el peronismo] (...) Para llevar a cabo este objetivo era necesario modificar las estructuras de la economía argentina, tanto en el sector público como en el privado. El cambio propuesto era muy profundo; no bastaba un simple proceso de ordenamiento, sino que había que transformar normas y marcos institucionales, administrativos y empresariales, políticas, métodos, hábitos y hasta la misma mentalidad de los agentes económicos privados y públicos. (Martínez de Hoz, 1981, p. 236)

Vemos entonces, otra vez, que se admite, que se “trataba de las líneas generales de un programa que podía reformar profundamente la estructura económica argentina” (Martínez de Hoz, 2014, p. 20), el cual implicaría un cambio de modelo productivo con múltiples implicancias. El odio contra el populismo político era total y este se extendía al tipo de organización económica que implicaba: el industrialismo, el mercado interno protegido y el estatismo, porque eran considerados las fuentes de la movilización popular, la fortaleza sindical, la irreverencia plebeya e incluso de la “penetración subversiva”. Así, el desarrollo industrial ya no era concebido ni por los militares ni por las elites como una barrera contra el comunismo como en los años cincuenta, sino, más bien, como su caldo de cultivo y fuente de agitación social (Novaro y Palermo, 2006, p. 35). Por ello mismo se buscaría virar hacia un nuevo tipo de modelo económico, basado en premisas muy distintas a las anteriores. Ya no se intentaría continuar por el sendero industrialista. Tampoco pensar el desarrollo o el estatismo generalizado, sino quebrar las matrices previas. Como dirá Videla: “En el Ejército siempre hubo sentimientos nacionalistas, estatistas, rastros del peronismo. Pero el consenso al que habíamos llegado en aquel momento en los niveles de conducción del Ejército era remover todos los obstáculos para ir hacia una economía liberal” (Reato, 2012, p. 159).

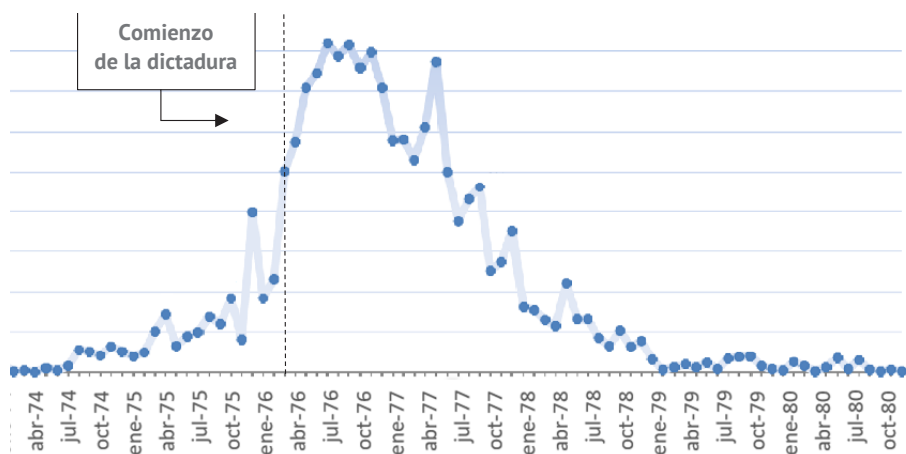
Que el cambio debía ser radical era algo que se había establecido como premisa económica indiscutible. Esto fue reconocido por Martínez de Hoz al narrar lo que fue su encuentro inicial con los miembros de la futura Junta Militar poco antes del golpe, cuando lo entrevistaron para el puesto de ministro de Economía: “...les dije que se necesitaba una reforma estructural (...) no era arreglar un solo problema, la inflación, sino la reforma estructural (...) ¿estaban dispuestos a sostenerla? Porque si no, era inútil empezar” (Novaro y Palermo, 2006, p. 42). En otro momento agregaría: “[y]o sabía que mi progra-

ma no podía ser de corto plazo (...) Yo consideraba un mínimo de cinco años, porque hay que llevar adelante transformaciones muy profundas” (AHO); “Se trataba de destruir una estructura con una rigidez y un peso inercial muy grande”.⁹ Lo mismo era reconocido por Alejandro Estrada, secretario de Comercio Interior durante esos años: “Martínez de Hoz era un convencido que la transformación Argentina era un proceso de muchísimos años” (Estrada, AHO).

De esta forma, los primeros pasos del nuevo plan económico fueron claros. En 1976 se aplicó un programa de estabilización que terminó con los controles de precios, devaluó la moneda, quitó las retenciones a los productos agropecuarios, subió las tarifas de servicios públicos y se congelaron los salarios, produciendo la peor caída salarial de la historia, mientras que a la par se aplicó un plan represivo sumamente violento que violaba los Derechos Humanos de manera sistemática.¹⁰ Luego, en 1977, además de continuar el plan represivo, se puso en marcha una reforma financiera, se liberó la tasa de interés, se fueron profundizando las políticas de endeudamiento y apertura económica, mientras que a la par se privatizaban algunas empresas y se quitaban subsidios a la industria.

En 1978 fue un año de fuerte reformulación dentro de la dictadura. Por el lado político, el régimen estableció que se había logrado la “victoria militar sobre la subversión”, lo que hizo que lo más duro y terrible de la represión comenzara a quedar atrás tal cual muestra el gráfico 1. Con esto, a su vez, se puso fin al período de la “presidencia excepcional” de Videla, para comenzar su “período institucional” que debía durar tres años, hasta fin de marzo de 1981. También comenzó a regir la llamada regla del “cuarto hombre” por la cual el presidente del país ya no podría ser parte de la Junta Militar, lo que llevó a Videla a pedir el retiro en el Ejército, siendo desde entonces Roberto Viola el nuevo jefe de dicha arma (Canelo, 2008).

Gráfico 1: Evolución mensual de las víctimas totales del terrorismo de Estado



Fuente: Registro Único de Víctimas del Terrorismo de Estado (2015, p. 1567).

⁹ *La Nación* (29 de julio de 1988).

¹⁰ Un análisis sobre la política económica de Martínez de Hoz puede encontrarse en Canitrot (1980; 1981), Schvarzer (1986) y Rapoport (2000).

En el período llamado de su “segunda presidencia” y agotada la etapa de la represión más dura, Videla focalizó el grueso de la apuesta política a buscar consolidar la reforma económica, lo que implicó el empoderamiento absoluto de Martínez de Hoz como figura central desde entonces, para lo cual hizo una reconfiguración del gabinete a su medida (Quiroga, 2004).¹¹ Como lo explicaba un medio de prensa, diciendo que era una “situación configurada por la decisión de dar tiempo y el mayor espacio posible de maniobra a la conducción económica”.¹² Unos meses después, sería el propio Almirante Emilio Massera el que sintetizaría la nueva lógica de poder de la dictadura que irrumpiría desde entonces: “[l]a política económica, que no debe ser otra cosa que un instrumento de la política nacional, ha pasado a ser la política nacional en sí misma”.¹³ Un año después, en otro medio de prensa, se volvía asegurar que Videla entregaba todo su gobierno a lo que sucediera con el ministerio de Economía: “[n]unca como ahora estuvo más claro que el Presidente ha jugado la suerte de su gestión –y el posterior juicio histórico que ella merezca– a los resultados de la política económica”.¹⁴

Por su parte, hasta 1978 los salarios continuaron en niveles muy bajos, mientras que la economía prosiguió estancada. A su vez, la inflación no lograba bajar de niveles muy altos. Así fue de 440% en 1976, 176% en 1977 y el mismo valor un año después. Frente a esta falta de logros palpables en el terreno económico, la Junta Militar le ordenó a Martínez de Hoz reducir la inflación al menos a niveles de dos dígitos para el final del mandato de la presidencia de Videla, pautado para fin de marzo de 1981. Fue así como a fines de 1978 se lanzó el programa conocido como “tablita cambiaria”, que era un cronograma de devaluaciones preanunciadas, con el fin controlar las expectativas inflacionarias.¹⁵

Desgraciadamente, y más allá del nuevo punto de partida y del intento de relanzar toda la gestión económica desde allí, lo cierto es que la nueva estrategia antinflacionaria nació con cuatro grandes problemas externos. El primero fue la casi inminente guerra con Chile a fines de 1978, momento en que se lanzó el nuevo programa. Esto trajo, entre otros problemas, un recalentamiento de las expectativas inflacionarias por la gran incertidumbre que creaba la conmoción de entrar en guerra. Como acotará tiempo después Martínez de Hoz en una entrevista: “[m]e acuerdo de que yo lo anuncié el 20 de diciembre de 1978, pero empezaría a comienzos de año. ¿Y qué pasó? En esos diez días las empresas subieron 30% los precios” (Chelala, 2014, p. 138).

El segundo problema fue todavía mayor y también golpeó fuertemente al programa al poco tiempo de habérselo lanzado: en marzo de 1979 se produjo la caída del Sha de Irán, lo que terminó por generar un nuevo shock petrolero (como ya había ocurrido en 1973). Luego, en octubre, el re-

11 A decir verdad, desde la segunda mitad de 1978 la dictadura apostó por dos estrategias centrales como plan de gobierno. Una era de ellas correspondió a los planes bélicos y la guerra con Chile. La otra, sí, fue profundizar el programa económico de Martínez de Hoz. Pero como la primera no pudo realizarse por distintos motivos, la dictadura entonces solo quedó atada a la estrategia económica que Martínez de Hoz dirigía.

12 *La Nación* (05 de noviembre de 1978).

13 *La Nación* (01 de junio de 1979).

14 *Clarín* (1 de junio de 1980).

15 Sobre el programa antinflacionario de Martínez de Hoz, ver Fridman (2008), Pryluka (2016a y 2016b) y Zicari (2023).

cientemente designado presidente de la Reserva Federal en Estados Unidos, Paul Volcker, comenzó a subir fuertemente las tasas de interés (ver gráfico 2), generando una salida de capitales de los países periféricos como la Argentina. Esto, junto a varios problemas que se estaban acumulando (como el atraso cambiario, el sobreendeudamiento de las empresas, la apertura económica y las altas tasas de interés) conmocionaron el mercado bancario y financiero. Así en febrero de 1980 debió ser intervenida Promosur, la principal financiera del país, y un mes después el BIR (Banco de Intercambio Regional), que era el más grande a nivel de depósitos. Lo que generó una crisis bancaria de profundas dimensiones: debieron ser intervenidos más de 70 bancos y entidades financieras, de los cuales muchos de estos quebraron y miles de ahorristas perdieron los ahorros de toda su vida.¹⁶

Gráfico 2. Tasa de un bono del Tesoro de Estados Unidos a un año



Fuente: elaboración propia con base en datos de Federal Reserve.

Las corridas y ataques especulativos ocurrieron durante todo el primer semestre de 1980. Se perdían reservas, quebraban bancos, existía derrumbe económico, miles de empresas colapsaban y el modelo liberal de Martínez de Hoz hacía agua por todos lados. De hecho, ya en plena crisis bancaria, en junio de 1980, cuando se estaban cumpliendo los cinco años de la explosión del fatídico Rodrigazo, y durante varios meses después, el grueso de la prensa no paraba de hacer comparaciones entre una crisis y otra. Incluso se llegó a decir poco después que “en cualquier momento puede producirse otro ‘Rodrigazo’”.¹⁷ Fue así que, bajo estas circunstancias, comenzó a establecerse el contexto de transición presidencial y el principio del fin de la gestión de Martínez de Hoz, llenando de incertidumbre el terreno político y económico.

16 Sobre la crisis bancaria de 1980, ver Fernández (1983), Baliño (1990), AA.VV. (2016) y Zicari (2022).

17 *Clarín* (21 de septiembre de 1980).

El comienzo de la transición presidencial y el final de la tablita (de septiembre a diciembre de 1980)

En política existe el dicho: “si no sabes cómo vas a salir, mejor no te metas”. Terminar con un régimen cambiario no suele ser fácil, sino a veces algo muy turbulento. Y el final de la tablita no fue la excepción. Dicha tablita, originalmente, fue pensada para durar solo ocho meses. Pero los diversos shocks externos desacomodaron toda la estrategia inicial. Como lo explica Martínez de Hoz: “[y]o lo que quería era estar bien seguro de hacer una liberación en condiciones de confianza y, francamente, a final del 79 todavía no había esas condiciones de confianza para evitar una gran disparada” (AHO). Según su propio relato, hacia adelante nunca se darían las condiciones para salir en un clima de estabilidad y paz económica como el deseado o considerado ideal para hacerlo. La virtual guerra con Chile, el shock petrolero y la suba de las tasas de interés en Estados Unidos fueron estragos muy duros, pero peor aún fue la crisis bancaria, que ocupó todo el primer semestre de 1980 y recién en agosto/septiembre de ese año logró quedar atrás.

Sin embargo, justo en ese momento, cuando se estaba dejando atrás lo peor de esa crisis bancaria, comenzó la incertidumbre sobre el sucesor de Videla en la presidencia. Lo cual tampoco permitía generar ni la confianza ni la credibilidad sobre la política económica hacia el futuro. Así, para el fin del mandato de la gestión económica, la situación era crecientemente explosiva y muy difícil de controlar: el atraso cambiario era cada vez más alto y la incertidumbre sobre qué haría el nuevo presidente una vez que asumiera era total. Como lo cuenta el propio Martínez de Hoz: “[t]ambién la crisis bancaria del 80 no favoreció. Después vino la inseguridad política creada por el nombramiento del presidente del sucesor de Videla, que hubo tres meses, entre agosto y octubre, de desavenencias, por falta de criterio uniforme entre las tres Fuerzas Armadas (...) Pero toda esa inseguridad tampoco nos permitía liberar completamente, eliminar, la tablita cambiaria” (AHO).

En un escrito Martínez de Hoz dirá sobre la transición: “[i]nfortunadamente, este cambio ocurrió en el peor momento posible, durante la última y más dificultosa fase de nuestro plan” (1990, p. 173). El que era presidente del Banco Central en aquel entonces, Adolfo Diz, opinó igual en un reportaje: “No conociendo –y no pretendiendo conocer– cuál era el pensamiento económico global del que podría ser el nuevo ministro de Economía, era muy difícil para nosotros sugerir una política cambiaria determinada” (De Pablo, 1986, p. 136). Pero a todo esto debemos agregar cuestiones de rencor personal y fuertes diferencias políticas con las nuevas autoridades entrantes. Pues el que fue designado como nuevo presidente fue, al comenzar octubre de 1980, Roberto Viola, quien siempre aborreció a Martínez de Hoz y que tenía como su principal asesor al general Liendo, otro histórico enemigo del ministro de Economía.¹⁸ Durante los años en que Martínez de Hoz fue em-

18 La designación de Viola implicó una larga y compleja interna militar de varios meses, plagada de conflictos y extendida en el tiempo. Inicialmente se había previsto que se resolvería, a más tardar en agosto de 1980, pero el nombramiento oficial se realizó, tras cambiar las reglas de la elección

poderado por Videla, este despreció de diversas maneras a muchos miembros de la elite militar. Por lo que ahora, el momento de la revancha de estos actores, que habían quedado rezagados, subordinados, expulsados y hasta humillados por el zar de la economía, empezaba a asomarse.¹⁹ Como cuenta Alemann:

La transición con Viola fue lo más traumático que uno se puede imaginar porque Viola tenía mala piel con Martínez de Hoz, la verdad. Entonces él [Viola] muy influido por Liendo (Padre): nosotros nos acercábamos y una vez Liendo le dijo a Grimoldi u otro, ‘muchachos, no embromen más, hasta el 31 de marzo ustedes y después nosotros. Si ustedes insisten con esto [hace gestos con las manos de mezclar] lo único que van a conseguir es que Videla y Viola, que son buenos amigos, se peleen. No se metan más’. Y Liendo, sí, tenía un gran rencor con Martínez de Hoz, dijo una frase terrible ‘De Martínez de Hoz, ni los ordenanzas’. Era tal el corte tota que quería hacer (AHO).

Pero la situación, en verdad, era peor. Ya que también el grueso de la dirigencia empresarial más importante sentía que había llegado el momento de ajustar cuentas con Martínez de Hoz y la soberbia con la que se había manejado, después de años de ignorarlos y de someterlos a políticas que llevaban a las quiebras masivas. El final del camino de un tipo de cambio cada vez más atrasado, precios internacionales en baja, tasas externas por las nubes, crisis bancarias, préstamos financieros impagables y la apertura económica que se profundizaba junto a la recesión se volvían un clima fatal. Y por supuesto, la incertidumbre de cómo y cuándo salir de la tablita tampoco ayudaba a la situación. Como lo cuentan los propios protagonistas: “[d]e salir, de devaluar, sí, todos [los sectores eran partidarios]. Desde la industria textil, todos, todos. Era salir de la tablita, que los perjudicaba a todos (...) era un consenso [que había que salir], un consenso en un momento dado que era impresionante” (Estrada, AHO). Lo mismo dijo Luis García Martínez, jefe de asesores de Martínez de Hoz: “[e]n el 80 el ambiente que había era explosivo, pero no de la parte sindical [sino empresarial]” (AHO). Incluso dentro del equipo económico el malestar externo se comenzaba a traducir. Cuenta Ricardo Arriazu, principal asesor en el Banco Central: “[h]abía otras Secretarías de Estado que no tenían la misma simpatía. Obviamente, si usted está en la Secretaría de la Industria y acá hay un grupo de gente que dice que hay que abrir la economía, no le gusta. Si usted está en Agricultura, a la que le gusta el tipo de cambio real alto y el tipo de cambio se está apreciando, a usted no le gusta” (Vercesi, 2008, p. 408). Como recuerda García Martínez con más detalle:

El hecho es que se agravó el problema del tipo de cambio. Se agravó el problema industrial y se agravó el problema agropecuario; subieron las tasas de interés. Y si a eso se le agrega la crisis financiera del 80 con el BIR [...] Más la sobrevaluación cambiaria que generó el plan de estabilización. Y el error al cual los llevó Alejandro Estrada que dictó la resolución 6

para que fuera posible algún acuerdo, finalmente el 3 de octubre. Al respecto ver Novaro y Palermo (2003), Canelo (2008; 2016) y García Holgado y Taccone (2016).

19 Sobre varios de los conflictos, oposiciones y grupos antagónicos dentro del gobierno militar a la política de Martínez de Hoz, ver Canelo (2004).

—famosa en su momento—, mediante la cual se aceleraba por consejo de Arriazu la caída de aranceles para que convergieran los precios, para que no siguiera habiendo una diferencia de precios internacionales, que eran en dólares y los precios internos, llevados a dólares también. ¡Fue terrible eso! Porque ya la sobrevaluación del tipo de cambio generaba evidentemente en los hechos una menor protección para la industria. (Vercesi, 2008, p. 424)

Un último elemento adicional debe agregarse, es que la alianza estratégica que había funcionado al interior del Ejército, y que fue la columna vertebral de la presidencia de Videla, había comenzado a quebrarse, lo cual dificultó aún más la transición. Videla siempre se había apoyado en la lealtad y amistad de Viola: logró designarlo como jefe del Ejército en 1978 y luego, a pesar de las vacilaciones y la desconfianza de las otras Fuerzas (e incluso, en el propio Ejército) consiguió que fuera designado como sucesor presidencial en ese momento en octubre de 1980. No obstante, a partir de entonces la situación comenzó a cambiar de manera cada vez más acelerada entre ellos, hecho que resintió la economía. Como cuenta ex presidente militar Reynaldo Bignone en su libro de memorias: “[l]o que había sido previsto con vistas a una transición ordenada resultó todo lo contrario. En todas las áreas, pero especialmente en la económica, los equipos salientes y entrantes se comportaron más como adversarios políticos que como miembros de una misma gestión que se relevaban para coronar un objetivo común” (1992, p. 103).

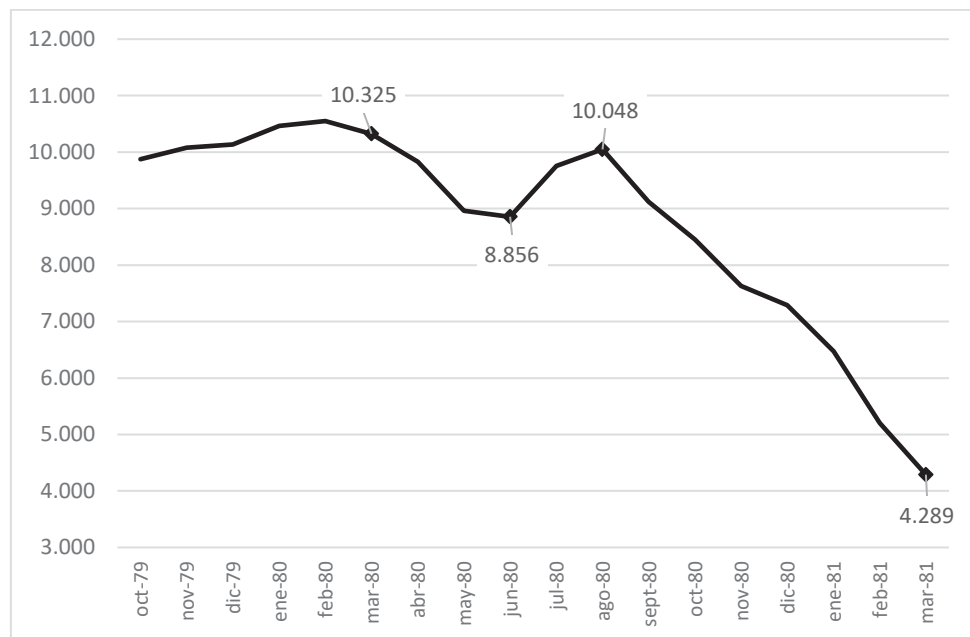
Viola se había mostrado muy reticente inicialmente a anunciar quién sería su ministro de Economía. Aquello dificultaba compatibilizar equipos, anuncios y medidas. Por su parte, Viola, como había pasado históricamente con la gran mayoría de los presidentes argentinos hasta ese momento, no sabía nada de economía ni de las consecuencias que se podían desatar por ignorar tan profundamente ese terreno. Algo que compartía también con Videla y que se notó mucho en cómo se manejaron las cosas. Por tanto, en vez de buscar dar calma y previsibilidad, los puentes comenzaron a cortarse. En el entorno de Viola, quien se encargaba de asesorarlo económicamente era Lorenzo Sigaut, el cual se convertiría finalmente en su ministro de Economía una vez que se produjera el traspaso. Dicho asesor, según los protagonistas, aducía que se podía salir del esquema cambiario sin provocar sobresaltos mayores, por lo tanto, no era necesario adelantar el programa económico. Como cuenta García Martínez en una entrevista: “Sigaut [a Viola] le decía esos disparates. Sigaut no entiende nada de economía (...) [Viola decía:] ‘Yo al único economista que entiendo es a Sigaut’. Claro, no es el único [al] que entiende: Es el único que le dice que se pueden mantener esa tasa de inflación y al mismo tiempo ajustar el tipo de cambio” (Vercesi, 2008, p. 426).

Dijimos que desde agosto/septiembre lo peor de la crisis bancaria había quedado atrás. Pero desde ese momento se despertó una crisis cambiaria que empezó a golpear con fuerza creciente. Las expectativas sobre la continuidad económica desaparecían del horizonte, haciendo prever que existiría una fuerte devaluación correctiva. La recesión económica también se hizo palpable, junto a la suba de las tasas de interés que se dispuso para reducir la presión que recayó sobre el dólar. La prensa hablaba de “la caída de pedazos

enteros del aparato productivo”,²⁰ donde los números oficiales que se presentaban en ese momento eran categóricamente trágicos: en lo que iba del año el PBI global había caído un 2,9%, el industrial un 6,9% y el agropecuario un 9,8%.²¹ El cierre económico de 1980 en su último mes era descripto como un “diciembre negro”,²² aunque Martínez de Hoz, para esa altura ya totalmente enajenado de la realidad, hablaba de que 1980 había sido un “año histórico” para la Argentina.²³

La fuga de capitales también se disparó de manera incontrolable. Algo admitido por el propio Martínez de Hoz: “[e]n el último periodo [hubo fuga de capitales]: después que se anunció el traspaso de Videla a Viola. Hubo fuga porque los agentes económicos creyeron que iba a producirse un cambio en las condiciones económicas”.²⁴ Todo esto terminaba de repercutir en el nivel de reservas internacionales del Banco Central, que era la variable de ajuste de todo el sistema.

Gráfico 3: reservas internacionales del Banco Central (en millones de dólares)



Fuente: elaboración propia con base en datos del Banco Central.

Como muestra el gráfico 3, con la crisis bancaria iniciada en febrero/marzo de 1980, las reservas comenzaron a caer y tocaron su punto más bajo en junio (con una caída del 15%). No obstante, gracias a nuevos créditos en el exterior y cierta recomposición de la confianza, volverían a subir hasta recuperarse en agosto. Sin embargo, desde ese momento su caída sería permanente: si en agosto habían vuelto a estar por encima de los 10 000 millones de dólares, ya en diciembre apenas superaban los 7000. A fines de marzo de 1981,

20 *Clarín* (2 de septiembre de 1980).

21 *Clarín* (18 de septiembre de 1980).

22 *Clarín* (14 de diciembre de 1980).

23 *Clarín* (17 de diciembre de 1980).

24 *Página 12* (08 de diciembre de 1991).

cuando terminó la gestión de Martínez de Hoz, su valor era de poco más de 4000 millones. Una impresionante caída de casi el 60%.

El primer trimestre de 1981: más caos económico, sube el conflicto político y se activan las movilizaciones de protestas

La tablita terminó oficialmente a fin de 1980. El sistema cambiario fue reemplazado por otro de 'dólar libre' dentro de un sistema de bandas, es decir, fijando un techo y un piso para el valor de la divisa. Como lo recuerda Martínez de Hoz:

Con todo, nosotros no renovamos la tablita. Si usted mira las resoluciones, la tablita terminó el 31 de diciembre del 80. Entonces qué es lo que hizo el Banco Central: una cosa creo que lo hizo bien, hizo dos líneas de intervención, como una serpiente digamos, una máxima, una mínima, y dejó flotar el tipo de cambio entre las dos líneas. Y lo extraordinario es que, en enero, por lo menos esa flotación sucia no llegó a tocar las líneas, la línea máxima o mínima. O sea que había realmente confianza (AHO).

Sin embargo, por más que haya existido un cambio de sistema, la dinámica no cambió ni tampoco existió esa "confianza" de la cual habla Martínez de Hoz, pues también al comenzar 1981 continuaron profundizándose todos los aspectos negativos existentes de caída de depósitos, fuga de capitales, pérdida de reservas y desconfianza en aumento. El zar de la economía, frente al desmoronamiento que se estaba viviendo, según cuenta él, le insistió al presidente Videla que no entregara el mando y que se quedara gobernando más tiempo:

Le propuse que se quedara uno o dos años más, porque se corría el riesgo de perder todo lo que se había hecho. Pero él no quería que se pensara que tenía ambiciones políticas. Era demasiado modesto. Nadie lo hubiera creído. Tenía una vocación de servicio extraordinaria [...] Si él se hubiera quedado dos años más, con el mismo equipo, se terminaba el proceso y la historia económica hubiera sido distinta [...] Si seguía un año más, hubiera desaparecido sola la inflación [...] faltó ese año o dos para el broche final, lo que fue una lástima (Vercesi, 2008, p. 316 y 321).

Esto mismo también fue narrado, entre otros, por Alemann: "Martínez de Hoz le propuso a Videla: 'Quedémonos un año más, no podemos dejar el gobierno ahora'" (Vercesi, 2008, p. 334).

Ante la negativa de Videla a continuar más allá de lo pactado y frente a lo explosivo del clima, se plantearon varias opciones, pues, evidentemente, algo había que hacer porque la situación era inaguantable, con una transición demasiado larga. Una opción, según cuentan los protagonistas, fue que renunciara Martínez de Hoz, pero que su equipo continuara, otra que Viola designara ya mismo a su ministro sucesor y también acotar los tiempos de la transición: asumiría el nuevo presidente al comenzar el año 1981. Todas las opciones fueron rechazadas. Pensemos que el poder estaba en manos

de militares, los cuales son excesivamente protocolares, por lo cual, el traspaso se iba a realizar en las fechas indicadas, sin cambiar nada, ya que las formas para los uniformados son lo más importante.

Cuando la situación llegó al límite, Martínez de Hoz volvió a pedir una reunión de urgencia, pues todo seguía empeorando, incluso al punto de volverse explosivo. Pero Viola no quería saber nada de negociar algo con Martínez de Hoz: los puentes en ese momento estaban tan rotos que Viola ni siquiera aceptaba reunirse o hablar con el ministro, aun con la catástrofe que se estaba produciendo. Como recuerda Martínez de Hoz: “Viola –lamento decirlo tan directamente– no quería hablar con nosotros, ni personalmente ni a través de sus intermediarios” (1990, p. 176). Por lo tanto, para evitar el trato personal, fue Diz quien debió actuar como su representante con las autoridades que pronto asumirían. Según cuentan, ahí sí se logró un acuerdo entre las partes y dieron su conformidad cuatro personas: el presidente saliente, el entrante y sus respectivos representantes económicos (Diz y Sigaut). El acuerdo consistía en devaluar un 10% al comenzar febrero y luego sostener un nuevo esquema cambiario semifijo por seis meses (que finalizaría en agosto), con devaluaciones mensuales del 3%. Sin embargo, a pesar de haber aceptado el pacto, fueron las nuevas autoridades las que luego se negaron a admitirlo públicamente. Es esto lo que explicaría por qué la relación final entre Viola y Videla se terminó de quebrar del todo, hecho que consiguió que Videla se pusiera a llorar tras la traición de la persona en la que siempre confió. Aquí el relato de Martínez de Hoz al respecto, si bien un poco largo, sin dudas muy rico:

Entonces sobre fines de enero yo le hablé con Adolfo Diz y le propongo a Videla si no habría alguna forma de convencerlo a Viola de que llegáramos de nuevo a un acuerdo de conjunto. Faltaban dos meses, [de] febrero a marzo. No se puede producir. Aquí va a causar mucho daño, no solo al país en ese momento, sino para el futuro Gobierno de Viola. Bueno ahora ahí Viola autorizó a que Diz [a que] hablara con Sigaut [...] la idea era llegar a volver a una tablita consensuada entre Viola y nosotros, Gobierno saliente, gobierno entrante. Y, de hecho, Sigaut aceptó que se hiciera hasta agosto una nueva tablita para dar confianza y [un] horizonte a la gente. Pero le agregé un elemento que a mí no me gustaba, y que confieso que fue uno de mis grandes horrores, porque tuve la debilidad de aceptarlo. Y le aceptó lo que Sigaut le propuso, que era añadir un 10% de devaluación. 10% era un absurdo: quebrada nuestra palabra de que nosotros no íbamos a hacer nunca una devaluación así: ¿por qué 10, no 20, no 30? No servía para nada más que para crear más [des]confianza. Yo finalmente lo acepté. Hablé con Videla. Lo acepté porque pensé, quizás un poco ingenuamente, que valía más anunciar un acuerdo entre gobierno entrante y saliente para dar confianza aunque contuviera 10%, que era muy poco de devaluación. Videla tuvo un almuerzo con Viola (era un lunes, no sé si 1 o 2 de febrero) y Viola acepta. Y se queda en redactar un comunicado conjunto anunciando esto. El comunicado lo redacté yo. Se lo mandé a Videla, aceptó y tenía que conseguir la firma de Viola anunciando exactamente esto. Viola se mandó a mudar a la estancia de la mujer en Corrientes. Desapareció. Esto [igualmente] se anunció. Y todo el entorno de Viola negó la responsabili-

dad de Viola y dijo que todo esto era un invento de Martínez de Hoz para salir del paso. A las 9 de la noche me llama Videla por el directo que había con presidencia, atiendo y lloraba. Fue el primer momento en que Videla se dio cuenta de la traición de Viola. Hasta ese momento confiaba en Viola. (AHO)

Según Martínez de Hoz, haber aceptado esa devaluación del 10% al comenzar febrero fue algo en lo que él no creía y que le disgustaba de sobremanera, pero la realizó pensando que era mejor antes de que no hubiera acuerdo alguno: “[t]odo el mundo me [la] echó en cara. Yo cometí un gran sacrificio personal aceptando eso” (AHO). Pero, entonces, se violaron los pactos, ya no hubo lealtades y se quebró la sociedad política. La transición no podría haber sido peor.

Ya al comenzar febrero se confirmaba la caída del grupo Sasetru, el principal del país y que estaba endeudado con 101 entidades financieras, lo que presagiaba nuevas crisis, corridas y quiebras bancarias (Borrelli, 2016, p. 222). La desesperación en medio de la crisis era tal que el 20 de marzo, diez días antes de la entrega del poder, Martínez de Hoz para frenar el drenaje de dólares dispuso de restricciones a la compra legal de los mismos. El nuevo control cambiario, que inicialmente terminar con él había sido una de las principales banderas y muestras de éxito, reavivó al mercado paralelo que comenzó a dispararse. El nerviosismo y las corridas no paraban. Cuatro días después, al cumplirse el quinto aniversario del golpe, las tasas de interés interbancaria llegaron al 600%, a lo que se sumaban constantes rumores de bruscas devaluaciones y feriados cambiarios. A los pocos días, la prensa hablaba de que se estaba viviendo “La semana más larga del siglo”.²⁵

Pero si dentro del elenco de gobierno la situación era mala y la economía estaba al borde de la hecatombe, la situación política en la sociedad civil parecía fuertemente enardecida. Es que con el anuncio de la virtual presidencia de Viola, considerado un moderado y un dialoguista por muchos sectores políticos, se dio por hecho que también comenzaría la apertura política del Proceso y que habría cierta distensión. Por lo tanto, que las críticas estaban habilitadas, más cuando se trataba, justamente, de atacar a la gestión de Martínez de Hoz, un enemigo declarado de Viola, por lo que nadie podría ser castigado al respecto. Prácticamente ningún sector político guardó piedad contra el zar económico, aprovechando el clima que abría su despedida y que estaba en debilidad política. Quienes odiaban a Martínez de Hoz por fin sentían cerca su revancha. Así, el expresidente Arturo Frondizi fustigó: “los responsables de esta política económica han destruido todos los sectores productivos del campo y de la ciudad en beneficio de los grandes intereses de las [compañías] internacionales de turno, que son, naturalmente, enemigos del pueblo”.²⁶ El partido peronista emitió un documento en el que también criticaba la política económica: “[h]oy se ha destruido todo. No hay sector que en este incendio no tenga en su boca el gusto a ceniza (...) Si el ’76 fue caos económico y financiero, la adjetivación de la actual [conducción económica] queda por cuenta de los trabajadores, productores, industriales (...) menos al capital extranacional y Mr. Rockefeller”.²⁷ La UCR opinaba igual sobre

25 *Clarín* (26 de marzo de 1981).

26 *Crónica* (02 de febrero de 1981).

27 *Crónica* (28 de marzo de 1981).

las consecuencias económicas: “[l]a crisis no es una nueva coyuntura, sino la planificada demolición del aparato productivo disfrazada tras la publicidad de no intervención del Estado (...) los resultados son devastadores (...) salvo los especuladores, nadie se ha salvado de esta guerra perdida”.²⁸ Tampoco el Partido Intransigente se quedó atrás: Oscar Alende opinó que solo quedaba “un camino lleno de escombros” y que había “dos tercios de la industria en riesgo de desaparecer”.²⁹ Incluso, se armó la Convocatoria Nacional Empresaria (CONAE), que llamó a una movilización nacional con epicentro en la ciudad de Rosario para realizar un “paro de protesta empresaria”,³⁰ algo realmente inédito dentro del clima de represión y censura dictatorial hasta ese momento. Parecía que el país entero se estaba poniendo de pie contra Martínez de Hoz y su programa liberal. Sin embargo, aun en el momento de estar recibiendo el odio y las críticas generalizadas, el ministro de Economía aducía que todo esto eran señales de su éxito: “la serie de protestas y manifestaciones [en contra del programa económico] no son el signo de su fracaso, sino de su éxito (...) [porque es un reflejo] de la distribución equitativa del esfuerzo en todos los sectores”.³¹

Como vemos, no solo fueron los partidos políticos quienes se alzaban a pleno frente al cambio presidencial, sino que esto todavía fue más fuerte en los sindicatos y organizaciones empresarias, viviendo un clima de algarría y festejos por el fin de la gestión. Según una noticia del diario *Crónica*:³² “[h]ubo una fiesta popular a cuyo término se realizará una reunión danzante”. El día previo a que Martínez de Hoz entregara su cargo, en la *city* porteña hubo celebraciones y jolgorios por doquier por parte de oficinistas, trabajadores del seguro y bancarios, que tiraron papeles desde las ventanas de las oficinas como si fuera un festejo del mundial de fútbol ganado. Muchos de esos papeles estaban escritos con la leyenda: “[b]ye Joe, hasta nunca más. (Firmado:) los trabajadores argentinos”, otros papeles tenían escrito: “Gracias por los servicios prestados a la patria, Joe. (Firmado:) Rockefeller”. Todo esto fue retratado en un artículo titulado “Júbilo de trabajadores”.³³ En esas jornadas, Federación Agraria organizó un acto y fueron lapidarios allí contra Martínez de Hoz: “han transcurrido 5 años, un lapso bastante más largo que el que llegó a transitar el gobierno constitucional, y, en materia económica, los que pueden afirmar que hemos avanzado son tan pocos que resulta difícil encontrarlos. El sistema económico que nos rige ha fracasado rotundamente y el aparato productivo de la nación es el testimonio doloroso de ese fracaso” (citado en Pierri, 2007, p. 224). También la CONAE volvería a convocar una jornada de movilización, pero ahora ya no de protesta, sino de celebración, bajo la consigna: “Demos gracias a Dios que se van”, pidiendo ir a misa “para elevar plegarias en agradecimiento a Dios por la finalización del equipo económico”.³⁴

28 *Crónica* (13 de marzo de 1981)

29 *Crónica* (23 de marzo de 1981).

30 *Crónica* (26 de febrero de 1981).

31 *Clarín* (18 de febrero de 1981).

32 *Crónica* (21 de marzo de 1981).

33 *Crónica* (28 de marzo de 1981).

34 Se puede consultar sobre la cobertura periodística del diario *Crónica* sobre estas jornadas en Borrelli y Epiro (2021).

A su vez, debemos agregar algo más y que muy pocas veces se tiene en cuenta: una vez que asumió Viola, su presidencia, su proyecto político y su elenco de gobierno tuvieron como principal norte armar una coalición 100% anti-Martínez de Hoz, el que era hasta entonces el jefe político de la dictadura (Zícarí, 2026). En este sentido, dada la experiencia de Videla, en la que existió un ministro de Economía superpoderoso, que tuvo una muy alta cuota de poder y autonomía, Viola intentaría, por el contrario, que nunca más pudiera volver a ocurrir algo así, por lo que la cartera económica fue fragmentada para desconcentrar funciones y poder. Como recuerda el propio Martínez de Hoz: “[e]l Ministerio de Economía, en virtud de que fue acusado de concentrar un exceso de poder durante 1976-80 fue desmembrado, separándose todo lo referente a Obras y Servicios Públicos en otro ministerio (con la consiguiente falta de unidad para consolidar el equilibrio entre los ingresos y los egresos de los sectores involucrados) y se crearon los Ministerios de Hacienda, de Agricultura y Ganadería, de Comercio, de Industria y de Finanzas” (1991, p. 233). En total, la cartera económica quedó dividida en seis nuevos ministerios, todos atomizados y con bajas cuotas de poder. A su vez, para hacer más claro el asunto, a esta fragmentación del ministerio de Economía, sus restos y pedazos, no solo fueron convertidos en pequeños ministerios separados, sino que fueron entregados, cada uno de ellos, a los enemigos declarados de Martínez de Hoz, para que todos aquellos perjudicados inicialmente por sus políticas y medidas ahora cobraran su venganza para iniciar un proyecto contrapuesto al encarado hasta entonces. Citemos algunos nombres para ilustrar la situación.

El nuevo ministerio de Obras y Servicios Públicos fue entregado nada menos que al general Diego Urricariet, quien había sido hasta entonces el director de Fabricaciones Militares, uno de los grandes polos de poder de los militares nacionalistas, industrialistas y desarrollistas que batallaron sin pausa contra el proyecto liberal de Martínez de Hoz y que se había convertido en uno de sus más importantes enemigos públicos. Por lo que ahora el gasto público y las obras recaerían en una persona que nada compartía la idea de que “achicar el Estado era agrandar la Nación” como impuso Martínez de Hoz como consigna durante su gestión. Luego, en el flamante ministerio de Agricultura y Ganadería se puso al frente a Jorge Aguado, un dirigente proveniente de las filas de Confederaciones Rurales Argentinas (CRA) y que había encabezado el descontento del campo por las malas consecuencias que generaron las políticas procesistas contra el sector (en el cual cayó la ganadería y la mayoría de los rubros agrícolas), se encarecieron las tasas de crédito rural, finalizaron las ayudas estatales, el Banco Nación dejó de asistir a productores, terminaron los subsidios para la mecanización rural y dejó al campo sin ayudas durante las inundaciones de 1980. A su vez, en el recién creado ministerio de Industria se puso a cargo al empresario Eduardo Oxenford, presidente de la empresa Alpargatas, una compañía textil y de indumentaria centenaria que se había logrado convertir en un campeón nacional en su rubro, pero que con las políticas de Martínez de Hoz fue endeudada y puesta tras las cuerdas tras sufrir la invasión de los productos importados. Si bien Oxenford al comenzar la dictadura era muy cercano a Martínez de Hoz, con el avance la gestión económica fue tomando distancia. Ya cuando fuera designado como presidente de la Unión Industrial Argentina, se convertiría en una de las insig-

nias más combativas del sector industrial contra el modelo económico liberal, al punto en que fue quien dio el discurso en el día de la industria que ‘fusiló’ públicamente a Martínez de Hoz delante de todos los empresarios y del presidente Videla (García Martínez, AHO). Por su parte, para coronar el desprecio absoluto que tendría el nuevo Gobierno por el ex ministro de Economía, Viola le otorgó el cargo de ministro del Interior al general Horacio Tomás Liendo, el máximo enemigo de Martínez de Hoz. Todo esto hace imposible negar el carácter total y claramente anti-Martínez de Hoz que buscaría tener la nueva presidencia militar y el cambio palpable de dirección que surgiría desde entonces.

El horizonte del nuevo presidente y su elenco de ministros fue revertir la labor del ex ministro de Economía a como diera lugar. Como contaría Alemann: “[y] después Viola, con la influencia del general Liendo, que lo odiaba a Martínez de Hoz; Tomás Liendo, que es un muchacho muy inteligente, hizo un corte entre Videla y Viola tremendo” (Vercesi, 2008, p. 335). También Bignone señalaría algo similar en su libro: “[c]uando llegó a presidente, con Videla fuera de escena, Viola comenzó a aplicar su propia visión de la cuestión económica. Videla había estado convencido de que el camino marcado por José Alfredo Martínez de Hoz era el rumbo para el despegue. Viola quería explorar otros caminos” (1992, p. 111). Lo mismo diría Estrada, “[l]ógicamente ahí la discusión fue con Liendo [...] a veces las posiciones eran distintas porque también había posiciones políticas. Por ejemplo, Liendo era más pro-Viola y anti-Martínez de Hoz” (Estrada, AHO). Ricardo Yofre, quien fuera subsecretario general de la presidencia de Videla, opinaría igual: “había habido muchos problemas entre las cosas que quería hacer Martínez de Hoz y las cosas [de las] que no quería ser parte el Ejército, particularmente Viola y Liendo” (Yofre, AHO).

La reversión de los pasos dados por Viola con respecto al programa de Martínez de Hoz, que buscará empoderar a los diferentes actores y sectores perjudicados por aquella gestión en un clima de revancha, no solo vuelven a confirmar el gran poder que tenía el Ministro de Economía, sino que nos obliga a preguntarnos algo más: hasta qué punto hubo continuidad en los objetivos originales del gobierno militar en la transición de Videla a Viola y hasta dónde, en consecuencia, es posible pensar el proyecto reorganizador como propio de las Fuerzas Armadas.

Este es, por lo menos, el diagnóstico de Martínez de Hoz al respecto. Según él: “[l]amentablemente, y a pesar de los propósitos que inspiraron el Proceso de 1976, la continuidad no se mantuvo luego de la terminación de la Presidencia del Gral. Videla. Muy por el contrario, se efectuó un viraje de casi 180 grados, con la consiguiente pérdida de confianza de la población por falta de cumplimiento de las Fuerzas Armadas de la palabra empeñada” (1991, p. 232). Pero sí se analiza con cuidado la situación esto parece ser, efectivamente, así. Lo que señala que las diferencias entre Viola y Martínez de Hoz no solo eran personales, sino que escondían enfoques políticos y económicos fuertemente contrapuestos.

Según vimos en el primer apartado, el objetivo central de la dictadura fue llevar adelante un Proceso de Reorganización Nacional y, para “reorganizar la Nación”, se utilizaron principalmente dos estrategias: la represión ilegal y la reforma económica estructural. Sin embargo, para el momento de asumir Viola, según vimos en el gráfico 1, lo más terrible de la represión ya casi no existía. Es decir, podía existir censura, controles y demás elementos propios

de un clima dictatorial, pero la violencia política y la violación sistemática a los Derechos Humanos había dejado de operar como herramienta política central. Y la apuesta de Viola fue la de ser un dialoguista, buscando disminuir aún más las restricciones. Por lo que la estrategia represiva, ya prácticamente no existía en la escena. Pero vale decir que ocurrió lo mismo con la otra gran estrategia, referida al terreno económico. Pues como vimos, Viola montó un gabinete y un nuevo elenco de poder contra Martínez de Hoz y su programa, en el que se buscó revertir mucho de lo actuado hasta entonces como también que los sectores perjudicados por el programa liberal pudieran integrarse a la coalición del nuevo gobierno que asumía.

En el plano económico, se puede dar por finalizado, de manera definitiva, el horizonte de llevar adelante un programa liberal. Como relata el propio Martínez de Hoz: “[e]l cambio de política fue total. El esfuerzo de privatización languideció. La apertura se cercenó. Las importaciones se limitaron, se reimplantaron los controles de precios, de cambios y de intereses, renaciendo los mercados paralelos o negros y las tasas de interés negativas en términos reales. La inflación volvió a ser ascendente al dejar de constituir una prioridad su reducción” (1991, p. 232). En este sentido, la política de atraso cambiario, que fue la estrategia final de Martínez de Hoz para contener la dinámica de precios, fue abandonada, representando esto uno de los quiebres más palpables. Como lo expresó el ex ministro sobre la interrupción de su programa antiinflacionario: “[y], lamentablemente, cuando ya estábamos actuando y la mentalidad empezaba a cambiar, después, con el Gobierno que sucedió al presidente Videla, se dio vuelta, se tomó 180 grados de dirección en contraria: acuérdesese de las grandes devaluaciones que hubieron en el año 81. Se optó por la salida más fácil y se estropeó todo ese gran esfuerzo anterior que se había hecho” (Martínez de Hoz, AHO). También como vimos, las alianzas políticas mutaron. A su vez, en el plano sindical, en el cual Martínez de Hoz fue quien más batalló durante la dictadura para arrinconar y debilitar a los gremios, ahora eso también buscaría ser revertido. Como lo cuenta el propio ex ministro: “el general Liendo, que respondía al general Viola, tenía una orientación demagógica y sindical que no era necesaria. Pero [ellos] tenían una deformación mental demagógica” (Vercesi, 2008, p. 320).

Como vemos, el programa de Viola implicó una sensible mutación en sus metas: dejó de apelar a la represión ilegal como principal arma política, modificó los elencos de poder, las alianzas socioeconómicas y buscó revertir la reforma económica estructural liberal, incluso buscando acercarse al sindicalismo, los industriales, los empresarios mercado internistas y los sectores nacionalistas e industrialistas de las Fuerzas Armadas. Si esto es correcto, entonces también no solo bajo la presidencia de Viola se buscó que deje de operar la otra gran estrategia utilizada hasta allí por la dictadura, sino también la búsqueda el objetivo central de la “reorganización nacional”. Como se quejará amargamente el ex zar de la economía procesista tras los primeros meses de la presidencia de Viola: “el Proceso no sólo no ha seguido sus objetivos, sino que ha derivado en un camino completamente distinto, alejado de las pautas y documentos iniciales”.³⁵ Incluso más, ya en un reportaje final, poco antes de morir dirá

35 *La Nación* (11 de junio de 1981).

que las metas fijadas al comenzar la dictadura fueron dejadas totalmente de lado al darse el recambio presidencial. Martínez de Hoz lo resume así: “[l]a culpa fue de la Junta Militar, que no le pidieron continuidad a Viola” (Chelala, 2014, p. 149-150).

Conclusiones: transición política, crisis económica y viraje

A lo largo de este trabajo hemos intentado abordar la compleja y turbulenta transición presidencial de Videla a Viola desde la voz de los protagonistas, especialmente en la de Martínez de Hoz y de los miembros de su equipo económico. Analizar este período nos permitió observar varios elementos que suelen ser olvidados. El primero de ellos, es que si desde el comienzo de la llamada “segunda presidencia de Videla”, se buscó concentrar atributos en Martínez de Hoz y volver a la economía el eje central de la política dictatorial (una vez agotada la etapa de la represión más dura), los resultados no fueron los mejores: pues el terreno económico fue de mal en peor con una crisis tras otra, cada una de ellas con consecuencias más terribles. Desde los problemas del frente externo, a los internos, yendo desde el atraso cambiario, el déficit comercial, el aumento del endeudamiento, las altas tasas de intereses y las corridas, todo lo cual resultaría en quiebras masivas, parálisis económica y una situación crecientemente inmanejable. Lo que desembocaría en forma palpable, primero en la crisis bancaria y luego en la crisis cambiaria y el derrumbe de la actividad económica.

Pero este clima de desasosiego económico no fue todo lo que se expresó en dicha transición. Sino que también operó en ella una interna militar cada vez más marcada y abierta, con el enfrentamiento de quienes habían sido socios hasta entonces, Videla y Viola, lo que hizo aún más difícil coordinar el recambio presidencial y dar certidumbres económicas. Por lo tanto, lo que hemos llamado la realización de la única “transición de relevo pactada” en la historia argentina, que buscó ser ordenada y pacífica, para dar certidumbres de cara al futuro, resultó todo lo contrario. El conflicto intergubernamental fue creciente, lo que permitiría emerger, a su vez, otro tipo de protestas y movilizaciones, en el cual el agotamiento dictatorial se volvía más patente. No solo por lo que significó el final del modelo represivo ya en 1978, luego el primer paro general de la CGT en abril de 1979 y después con la reactivación de la actividad política y partidaria, sino que la transición presidencial y la crisis económica exacerbaban el renacer todavía más activo de la sociedad civil. Por lo que no solo se expresarían los partidos políticos en ella, sino también sindicatos y organizaciones empresarias, algo en general muy poco o nada considerado.

Por último, el estudio de la transición presidencial también abre un tercer punto más rico aún, ligado a la pregunta por los objetivos refundacionales que originaron la dictadura. Según se vio, el gobierno militar inicialmente tenía como meta reorganizar profundamente a la sociedad argentina, utilizando para ello como estrategias principales la represión ilegal y la reforma económica. Sin embargo, durante la presidencia de Viola se buscó abandonar ambas estrategias, representando un sensible viraje de mucho de lo hecho anteriormente. Lo que nos obliga a preguntarnos por la solidez del consenso militar

en torno a lo que habían sido sus objetivos iniciales o cómo y por qué estos se terminarían de desdibujar hasta desaparecer con el recambio presidencial.

Es por todos estos puntos que el período de la transición presidencial de la dictadura nos permite asomarnos a las principales grietas existentes entonces y así con ello comprender un poco mejor uno de los períodos más duros y terribles de nuestra historia.

Fuentes y referencias bibliográficas

Escritos y libros de los protagonistas:

Alemann, J. (24 de marzo de 1996). Los años de Martínez de Hoz. *La Nación*.

Bignone, R. (1992). *El último de facto. La liquidación del Proceso. Memoria y testimonio*. Planeta: Buenos Aires.

Martínez de Hoz, J. (1981). *Bases para una Argentina moderna*. Offset: Buenos Aires.

Martínez de Hoz, J. (1990). Martínez de Hoz. En G. Di Tella y C. Rodríguez Braum, (eds.), *Argentina 1946-1983. The Economic Ministers Speak*. St. Martin Press: New York.

Martínez de Hoz, J. (1991). *15 años después*. Emecé: Buenos Aires.

Martínez de Hoz, J. (2014). *Más allá de los mitos. Memorias y revelaciones del ministro más polémico de la historia argentina*. Sudamericana: Buenos Aires.

Entrevistas

Alejandro Estrada (2005), Archivos de Historia Oral (AHO).

Ricardo Arriazu reproducida en Vercesi (2008).

Juan Alemann (2005), Archivos de Historia Oral (AHO).

Juan Alemann reproducida en Vercesi (2008).

Luis García Martínez (2005), Archivos de Historia Oral (AHO).

Luis García Martínez reproducida en Vercesi (2008).

Martínez de Hoz realiza por Mariano Grondona en el programa Hora Clave de Canal 9 (28/11/1991) (Disponible en https://www.youtube.com/watch?v=3gNq_kXntOg)

Martínez de Hoz (2005), Archivos de Historia Oral (AHO).

Ricardo Yofre (2005), Archivos de Historia Oral (AHO).

Bibliografía

- AA. VV. (2016). *El Banco de la Nación Argentina y la dictadura. el impacto de las transformaciones económicas y financieras en la política crediticia*. Siglo XXI: Buenos Aires.
- Ansaldi, W. (2006.) *La democracia en América Latina, un barco a la deriva*. FCE: Buenos Aires.
- Baliño, T. (1990). La crisis bancaria de 1980. BCRA. *Ensayos Económicos*, 44.
- Blaum, L. y Román, V. (2022). Disciplinamiento social y vaivenes de política económica. Las ideas liberal-conservadoras en Argentina 1976-1980. En P. Gerchunoff, D. Heymann y A. Jáuregui (comps.), *Medio siglo entre tormentas. Fluctuaciones, crisis y políticas macroeconómicas en la Argentina (1948-2002)*. Eudeba: Buenos Aires.
- Bonvecchi, A. y Simison, E. (2026). *Cómo gobernó la dictadura: Facciones, instituciones y políticas en el Proceso de Reorganización Nacional (1976-1983)*. Edhasa: Buenos Aires.
- Borrelli, M. (2016). *Por una dictadura desarrollista. Clarín frente a los años de Videla y Martínez de Hoz*. Biblos: Buenos Aires.
- Borrelli, M. y Epiro, A. (2021). En defensa del bolsillo popular: El diario Crónica y la economía argentina durante los años de Martínez de Hoz (1976-1981). *Disertaciones*, 2(14).
- Brückner, J. (2012). *From Military Dictatorship to Democratic Consolidation Breaking the Civil-Military Path Dependence in Latin America*. Humboldt University Berlin.
- Canelo, P. (2004). La política contra la economía: los elencos militares frente al plan económico de Martínez de Hoz durante el Proceso de Reorganización Nacional (1976-1981). En A. Pucciarelli (coord.), *Empresarios, tecnócratas y militares. La trama corporativa de la última dictadura*. Siglo XXI: Buenos Aires.
- Canelo, P. (2008). *El proceso en su laberinto. La interna militar de Videla a Bignone*. Prometeo: Buenos Aires.
- Canelo, P. (2016). *La política secreta de la última dictadura militar argentina (1976-1983)*. Edhasa: Buenos Aires.
- Canitrot, A. (1980). La disciplina como objetivo de la política económica. Un ensayo sobre el programa económico del gobierno argentino desde 1976. *Desarrollo Económico*, 19(76), 453-475.

- Canitrot, A. (1981). Teoría y práctica del liberalismo. Política antiinflacionaria y apertura económica en la Argentina, 1976-1981. *Desarrollo Económico*, 21(82), 131-189.
- Carnovale, V. (2007). Aportes y problemas de los testimonios en la reconstrucción del pasado reciente en Argentina. En M. Franco y F. Levín (comps.), *Historia Reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*. Paidós: Buenos Aires.
- Castro Gomes, Á. y Ferreira, J. (2018). “Brasil, 1945-1964: una democracia representativa en consolidación”. *Estudios del ISHiR*, 20, 53-74.
- Chelala, S. (2014). *La era de la inflación. Política económica de las crisis argentinas*. Ediciones B: Buenos Aires.
- De Pablo, J. C. (1986). *La economía que yo hice* (vol. II). Ediciones El Cronista Comercial: Buenos Aires.
- Dunkerley, J. (2017). *Rebelión en las venas. la lucha política en Bolivia 1952-1982*. La Paz: Biblioteca del Bicentenario de Bolivia.
- Feld, C. y Salvi, V. (2019). Declaraciones públicas de represores de la dictadura argentina: temporalidades, escenarios y debates. En F. Claudia y S. Valentina (eds.), *Las voces de la represión. Declaraciones de perpetradores de la dictadura*. Miño y Dávila: Buenos Aires.
- Fernández, R. (1983a). La crisis financiera argentina: 1980-1982. *Desarrollo Económico*, 23(89), 79-97.
- Fontes, V. (2006). La democracia en Brasil: aprendizaje y mimetismo (pp. 365-386). En W. Ansaldi (dir.), *La democracia en América Latina, un barco a la deriva*. FCE: Buenos Aires.
- Franco, M. (2018). *El final del silencio. Dictadura, sociedad y derechos humanos en la transición (Argentina, 1979-1983)*. FCE: Buenos Aires.
- Fridman, D. (2008). La creación de los consumidores en la última dictadura argentina. *Apuntes de Investigación*, 14, 71-92.
- García Holgado, B. y Taccone, N. (2018). Diseño institucional e inestabilidad presidencial en autoritarismos: el proceso de reorganización nacional en la Argentina (1976-1983). *Desarrollo Económico*, 58(224), 3-24.
- Gerchunoff, P. y Llach, L. (1998). *El ciclo de la ilusión al desencanto. Un siglo de políticas económicas argentinas*. Ariel: Buenos Aires.
- Gillespie, C. y González, L. E. (1989). Uruguay: The Survival of Old and Autonomous Institutions (pp. 207-246). En L. J. Diamond, J. J. Linz

- y S. M. Lipset (eds.), *Democracy in Developing Countries* (vol. 4). Latin America: Lynne Rienner Publishing.
- González Leegstra, C. (2012). “No le vamos a dar voz a los represores”: (Des) autorizaciones y (des)legitimaciones en las audiencias del juicio a Etchecolatz. *Sociohistórica*, 29, 87-105.
- Heredia, N. (2015). Bolivia. El Plan Cóndor. En J. Palummo, P. Benetti, y L. Vaccotti, *A 40 años del Cóndor* (pp. 50-67). Instituto de Políticas Públicas de Derechos Humanos del Mercosur.
- Koonings, K. (2010). O “exército político” brasileiro: faccionalismo militar e a dinâmica do regime de 1964-1985. *Militares e política*, 6, 7-33.
- Leigh, P. (2008). *Unsettling accounts: Neither truth nor reconciliation in confessions of state violence*. Duke University Press.
- Milligan, B. (2013). Uruguay: 1973-85 - The Rise and Fall of Military Dictatorship in a Democratic Stronghold. *Social Studies Research*, 8(2), 2-25.
- Novaro, M. y Palermo, V. (2006). *La dictadura militar. Del golpe de estado a la restauración democrática*. Paidós: Buenos Aires.
- O'Donnell, G., Schmitter, P. y Whitehead, L., (1988). *Transiciones desde un gobierno autoritario*. Buenos Aires: Paidós.
- Panizza, F. (1997). Late institutionalization and Early Modernization: The Emergence of Uruguay's Liberal Democratic Political Order. *Journal of Latin American Studies*, 29(3), 667-691.
- Pierri, J. (2007). *Sector externo, política agraria y entidades del agro pampeano 1960/1986. Claves del carácter dependiente del agro pampeano*. Ediciones Cooperativas: Buenos Aires.
- Pryluka, P. (2016a). ¿Shock o gradualismo? La influencia del caso chileno (1973-1982) sobre los debates económicos en el campo del liberalismo argentino durante la última dictadura (1976-1981). *Papeles de Trabajo*, 10(17), 208-234.
- Pryluka, P. (2016b). Políticas antiinflacionarias y la educación de los consumidores durante la última dictadura en Argentina. *H-industri@*, (18), 106-127.
- Quiroga, H. (2004). *El tiempo del 'proceso'. Conflictos y coincidencias entre políticos y militares (1976-1983)*. Rosario: Homo Sapiens.
- Rapoport, M. (2000). *Historia económica, política y social de la Argentina (1880-2000)*. Buenos Aires: Ediciones Macchi.

- Reato, C. (2012). *Disposición final. La confesión de Videla sobre los desaparecidos*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Rilla, J. (2006). Uruguay entre dos siglos y entre dos grandes crisis. Crisis y cambio electoral en la globalización. En W. Ansaldi (dir.), *La democracia en América Latina, un barco a la deriva* (pp. 333-364). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Salvi, V. (2016). Los represores como objeto de estudio. Obstáculos, problemas y dificultades para su investigación en Argentina. *Cuadernos del IDES*, 32.
- Seoane, M. y mulleiro, V. (2001). *El dictador. La historia secreta y pública de Jorge Rafael Videla*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Schvarzer, J. (1986). *La política económica de Martínez de Hoz*. Buenos Aires: Hyspamérica.
- Torres Montenegro, A. (2018). Dictadura en Brasil (1964-1985). La militancia política, el encarcelamiento y la tortura. *Confluente*, 6(2), 167-200.
- Vázquez, E. (1985). *La última. Origen, apogeo y caída de la dictadura militar*. Buenos Aires: Eudeba.
- Vercesi, A. (2008). *Política económica argentina. Conversaciones inéditas con los hacedores de la política económica contemporánea*. Buenos Aires: Edicon.
- Yofre, J. (2010). *Fuimos todos. Cronología de un fracaso, 1976-1983*. Buenos Aires: De Bolsillo.
- Zacks, G. y Pryluka, P. (2022). Dictadura y reforma económica. Argentina en el nuevo orden internacional. En P. Gerchunoff, D. Heymann y A. Jáuregui (comps.), *Medio siglo entre tormentas. Fluctuaciones, crisis y políticas macroeconómicas en la Argentina (1948-2002)*. Buenos Aires: Eudeba.
- Zaverucha, J. (1993). The degree of military political autonomy during the Spanish, Argentine and Brazilian transitions. *Journal of Latin American Studies*, 25(2), 283-299.
- Zicari, J. y fornillo, B. (2019). Bolivia y Argentina en la transición democrática de los años ochenta. Neoliberalismo, hiperinflación y nuevas dinámicas sociopolíticas. En A. Schneider (coord.), *La década de 1980 en*

América Latina. La disputa hegemónica tras la crisis del orden neoliberal (pp. 35-60). Buenos Aires: Imago Mundi.

Zícarí, J. (2022). La justificación de la valorización financiera. Las explicaciones de Martínez de Hoz a la reforma financiera, el endeudamiento y las crisis (1976-1981). *Ciclos en la Historia, la Economía y la Sociedad*, (58), 141-173.

Zícarí, J. (2023). Cambiar la mentalidad. Martínez de Hoz y su relato sobre las estrategias utilizadas para combatir la inflación (1976-1981). *Perspectivas de Políticas Públicas*, 12(25).

Zícarí, J. (2026). Martínez de Hoz. El jefe civil de la dictadura: economía, política y poder. Buenos Aires: Continente.